

CUANDO LA REALIDAD SE IMPONE

Cuando la realidad se impone no hay que tirar la toalla, sino desarrollar una sabiduría de lo esencial, reducir el número de mitos y potenciar las actitudes valiosas.

Por Julio González

Que me llegue esta oportunidad cuando cruzo el ecuador de la treintena, me alegra y estremece

Siempre es bueno pararse y reflexionar; tomar posición y decir lo que se piensa aunque sea sobre lo más mínimo. Está bien hacer un alto y ver dónde estamos; qué hemos dejado atrás y qué polvo se ha adherido a nuestros pies; qué horizontes hemos visto y cuáles atraen ahora nuestros pasos. Es justo mirar nuestra historia y reconocer nuestro presente; sentir la tristeza de los lazos rotos y el calor de los que abrazan nuestro corazón; agradecer lo que nos dieron y lamentar lo que negamos un día.

Y también asusta. Todo eso amilana y retrae. La tentación es grande: dejemos que el tiempo siga pasando. ¿Y si al mirar encontrásemos un corazón vacío y unas manos excesivamente llenas y entretenidas en bagatelas? De todas formas, adelante, vamos a intentarlo.

Si me pidieran una tesis que resumiera el simulacro de balance que voy a hacer de mi camino hasta la posición en la que me encuentro, sería doble:

1. La realidad se impone y me ha vencido muchas veces,
2. pero ahora creo saber por dónde camina la esperanza.

Terminé el bachillerato y comencé los estudios superiores al compás de un parto progresivo y jubiloso que me abrió las fronteras de unos países maravillosos: el reino de la fantasía y la poesía, el reino de la ciencia y el pensamiento, el reino de la acción y el compromiso, el reino de lo numinoso y lo trascendente. Y en todos el mismo héroe, la misma víctima, el mismo protagonista: el ser humano. Me sedujo su misterio. Desde entonces me fascina y me deja perplejo tanto en su realidad universal como en sus concreciones históricas, desde esa persona concreta que descubro hasta las múltiples manifestaciones del genio humano. El misterio del otro que también soy yo.

Persiguiendo a mi protagonista preferido he recorrido muchos vericuetos y soñando muchas utopías. Encontré en mi caminar muchos guías que abrieron mis ojos y orientaron mis pasos. Unos muertos ya, que me hicieron partícipe de sus palabras imperecederas. Otros felizmente vivos, que me han dado su consejo y su amistad.

He hecho míos muchos sueños de otros. Sobre todo ese que nos habla de un mundo nuevo, de una sociedad feliz, solidaria, en la que cada uno tenga todas las oportunidades y todos los medios para hacer crecer en sí mismo y para todo todo lo bueno que lleva en sí: Dios en nosotros. Cristificación.

Sopesé distintas propuestas concretas para alcanzar la utopía. Actué en algunas de ellas. Asumí el cauce institucional para llevar a cabo la propuesta cristiana, desde una postura que quería que fuera evangélica y crítica. Aceptaría el calificativo de cristiano de izquierdas, unas izquierdas alimentadas con el pan anarquista.

“¡Tan bello era todo, tan nuestro era todo, tan vivo era todo!”

(José Hierro)

Sí, eran tiempos “felices” en los que todo parecía posible. Hasta creía ser autor y actor de la salvación del mundo.

He dicho “felices” porque dudo que lo fueran, dado que lo vivía todo fuera del mundo real. Era una ilusión, en el sentido pobre y negativo del término, en la que se me escapaba aquél a quien siempre persegúí y a quien quería rescatar: el ser humano.

La realidad me ha ido venciendo, sacándome de los sueños juveniles, dejando inevitablemente el poso amargo de la nostalgia, esa nostalgia que se crece cuando atravesamos una mala racha o nos sorprende un mal día

Las armas utilizadas por la realidad han sido de distinto calibre.

Un día descubrimos que el proyecto en el que participamos está radicalmente viciado, no porque sea malo en sí mismo, sino porque los intereses que lo empujan no coinciden con el interés que lo justifica. Dicho de otra forma, porque cada cual es hijo de su madre, prisionero de sus temores y de sus ambiciones particulares, y se termina intentando que lo que yo quiero lo quieran todos.

Otro día nos damos cuenta de que no somos capaces de hacer cosas injustificables, que traicionan lo que creímos importante en nuestra vida. Y entonces nos sentimos perdidos y desarmados moralmente para seguir disfrutando de aquellos sueños de juventud.

Un día tras otro la prensa y la vida cotidiana nos despiertan del sueño democrático. Un gobierno transformista, una oposición acomodada y la corrupción como “leitmotiv”. Y todo se vuelve festejo y fastuosidad: hoy es el 92, mañana será el 93; aquí un aro olímpico, allá una sevillana, y todo muy cultural, eso sí.

Otras andanadas son de mayor calibre. Se cae un muro y se desmorona un mundo. El enemigo parece triunfar y nos enteramos que lo hemos estado amamantando en lo más hondo de nosotros mismos. Todas las alternativas se vuelven de repente recelosas y sospechosas. Quien no sea un colaboracionista que levante el dedo.

Y encima no faltan teóricos triunfalistas que ayer nos hablaban del fin de la historia y hoy nos hablan incluso del fin del hombre.

Y nos queda un regusto amargo. Una sensación de desfondamiento: ¿hay algo que realmente valga la pena? Y nos dejamos arrastrar por la corriente, nos puede la molicie y cada vez nos cuesta más interesarnos por algo.

Pero afortunadamente no es esta toda la realidad. Quizá por oscurecerse el horizonte, la mirada se nos agacha hasta lo más próximo. Y aquello de “lo pequeño es hermoso” se me hace especialmente apreciable.

“Cuando teníamos las respuestas, nos cambiaron las preguntas”. Así se expresaba sobre una pared un anónimo colombiano. Quizá se pueda entender como manifestación de la perplejidad y confusión que recorre nuestra época. Sin negarlo, creo que asistimos a un momento privilegiado de la historia. Algo nuevo, aún no sabemos qué, está naciendo. Nosotros no sólo somos testigos, sino también autores y responsables de ello.

Porque han cambiado las preguntas, todas las respuestas han quedado obsoletas. Lo cual no significa negar la validez de todas las respuestas anteriores, pero sí mirarlas desde una perspectiva crítica que ha de ser especialmente nueva.

Todo futuro abierto al hombre ha sido un reto particular a su capacidad creadora. Hoy el reto es mayor que nunca, porque el futuro está anticipándose al presente y porque ya no se trata sólo de buscar nuevas respuestas, sino que debemos saber formular antes las nuevas preguntas.

Esta situación provoca en mí una excitación especial, que en ocasiones me envuelve en una sensación de vorágine impetuosa e imparable.

Me lleva a una... ¿catarsis? Sí, a una purificación interior muy fuerte. Ahora creo en muy pocas cosas, ¡pero son tan fuertes!

Creo en la vida, como realidad misteriosa, en la que participamos, pero nos supera. A la que queremos dominar, pero siempre se nos escapa por caminos nuevos. Que ha estado antes y estará siempre por mucho que nos empeñemos a veces en lo contrario.

Creo en el hombre. En la persona concreta, no en ese fantasma abstracto que tanto me distrajo en un pasado. Es en esa persona concreta; en todos y cada uno de esos seres únicos e irrepetibles. Con sus miserias y sus grandezas, con sus traiciones y fidelidades, con sus manías y regularidades. Todos son radicalmente buenos, en lo que esta palabra tiene de más simple y más grande. Y me gustaría sólo saber escuchar el murmullo de esa fuente de bondad en cada uno.

Creo en un Absoluto. Llamémosle Dios. Nos alcanza a pesar de todo. Nos toca de mil formas. Nos urge. A veces no sé a qué, pero nos urge.

Creo en la historia. No la de los libros, que casi siempre es mentira. No es tampoco exactamente la tradición. Es otra cosa. Quizá la trayectoria, la huella, el caminar de todos. Diría que su protagonista es la humanidad, si este término no me resultara tan vago. Su protagonista somos todos, pero prescinde de todos. Es un gran mural en el que todos pintamos, que al final no firma nadie y que cuando dejamos de dibujar se sigue realizando.

Creencias elementales, cada vez más indefinibles, pero que hacen que mi esperanza y confianza sean cada vez más sólidas por más simples.

Confío y espero en los proyectos pequeños, que se hacen con el otro delante y mirándole a los ojos. En la tarea de comunión y vida en la que estoy empeñado con mi compañera, amiga, amante y amada esposa. En mi trabajo, simple y elemental, muy alejado de lo que siempre soñé para mí, pero todo un desafío de compañerismo y saber hacer. En mi compromiso cristiano, que siempre ha estado, y ahora más que nunca, buscando caminos; que cada vez es más simple y claro y, por ello, más radical y urgente; que cada vez es más Jesús sólo, Jesús y el hombre sólo. Confío y espero en cosas como esta revista, que no creo que cambien el mundo ni el rumbo de la historia, pero que hacen mundo e historia y alumbran en alguna persona una chispa de realidad.

“Estamos sentados sobre las ruinas de dos sistemas antagónicos que han demostrado su incapacidad para conducir el destino de la comunidad humana y tenemos por delante el reto de inventar otro modelo que al menos sea capaz de asegurar el futuro de las nuevas generaciones”. Esto me ha dicho hace poco Margarita Farrán desde las páginas de “Ajoblanco”. No la conozco, pero estoy de acuerdo con ella. También en eso confío y espero. En el mundo están pujando nuevas-viejas sensibilidades que reclaman un orden nuevo, muy distinto al “nuevo orden” que nos están vendiendo los “vencedores/vendedores”. La sensibilidad hacia lo singular y peque-

ño, hacia el diálogo intercultural, hacia los valores “femeninos”, hacia el cuidado de la tierra, hacia una nueva solidaridad entre los pueblos... están pujando. Pero no es fácil. Hay un dragón de mil cabezas esperando a la criatura para devorarla: el mercado unificador que todo lo etiqueta, el nuevo racismo que es el de siempre, la exaltación de la violencia y el dominio sobre el otro, la dilapidación de los bienes limitados que son de todos, el creciente abismo entre ricos y pobres...

No tenemos fácil el futuro, no. Pero confío y espero en él. O al menos me gustaría que esta lucha pudiera esperar y confiar en mí.

“Quisiera que tú me entendieras a mí sin palabras. Sin palabras hablarte, lo mismo que se habla mi gente. Que tú me entendieras a mí sin palabras como entiendo yo al mar o a la brisa enredada en un álamo verde”.

Sí, así lo hubiera querido, pero para ello hay que ser poeta como José Hierro. Porque no lo soy y a pesar de que cada vez quisiera estar más convencido de que sólo vale la pena leer poesía, me he visto obligado a dejaros una lectura mucho más ramplona y basta. Tomad este escrito como una carta de un amigo, que se esfuerza —creo que sin lograrlo del todo— en deciros sólo dos cosas: cuando felizmente la realidad se impone, se ven más claros los caminos de la esperanza.

Julio González
Del I. E. Mounier

DIALOGO FILOSOFICO

Revista cuatrimestral de filosofía. Consejo de Redacción: Ildefonso Murillo, José María Vegas, Carlos Díaz, Félix García, Adela Cortina, Jesús Conill.

DIALOGO FILOSOFICO consta de cinco secciones:

SELECCIONES: Trabajos de actualidad filosófica y textos clásicos inéditos en castellano.

REFLEXION Y CRITICA: Artículos originales en diálogo directo con los problemas filosóficos de hoy.

EL ESTADO DE LA CUESTION: retrato de la situación de un problema, ámbito o corriente de pensamiento.

DIDACTICA: Una reflexión teórico-práctica sobre la enseñanza de la filosofía.

INFORMACIONES: Acontecimientos filosóficos, crítica de libros y actualidad bibliográfica.

Precio anual de suscripción: 2.350 pta.

DIALOGO FILOSOFICO. Apartado 121. 28770 COLMENAR VIEJO (Madrid).

Tf. y Fax: (91) 876 29 73

Los lectores de «Acontecimiento» que lo soliciten recibirán gratis y sin compromiso ulterior el último número de **DIALOGO FILOSOFICO**, por si desean luego suscribirse.